

Desde hace algún tiempo, en algunos institutos de enseñanza secundaria, se oyen algunas voces contrarias a la presencia en las aulas de esos alumnos que manifiestan con su escaso interés por el aprendizaje escolar y con una conducta a medio camino entre la apatía y el conflicto un claro rechazo a lo que el mundo de la educación les ofrece y en consecuencia una evidente inadaptación a la vida cotidiana de los centros escolares. ¿Quiénes son esos alumnos -de doce a catorce años- que alteran de tal manera el orden académico y dificultan el trabajo pedagógico del profesorado? ¿Estamos asistiendo a la invasión sin tregua de unas hordas de (pre)adolescentes especialmente insoportables y violentos? ¿Es el momento de volver, como defienden algunos, a las épocas en que las instituciones escolares excluían a quienes con su actitud indiferente o desafiante transgredían el orden establecido en las escuelas e institutos y al castigo -incluso físico- como método exclusivo de corrección de estas conductas?

Quienes estudian el comportamiento de los grupos humanos -antropólogos, sociólogos, psicólogos sociales...- saben que la conducta de las personas casi nunca es una tendencia innata a actuar de determinada manera sino el resultado de la influencia de diversos factores (socioculturales, familiares, económicos...) que nos ayudan a entender las actitudes que manifiestan esas personas en los diferentes ámbitos de su socialización -entre ellos, el educativo-. ¿Cómo interpretar, en consecuencia, esas actitudes de indiferencia y de hostilidad en las generaciones de (pre)adolescentes que acuden a los centros de educación secundaria?

En primer lugar, conviene no olvidar que la educación obligatoria no es el limbo de los justos ni el templo sagrado al que sólo accede una minoría selecta sino el escenario al que acuden de lunes a viernes todos los alumnos y todas las alumnas en edad escolar, sea cual sea su origen económico, social y cultural. De ahí que en una educación para todos -y especialmente en una educación pública- se refleje como en ningún otro escenario la enorme diversidad -y la evidente desigualdad- de nuestra sociedad, cuyos conflictos y tensiones encuentran a veces un eco innegable en las actitudes y en las conductas de los alumnos y de las alumnas. En segundo lugar, no hace falta ser un especialista en psicología evolutiva (a veces basta con ser padre o madre de adolescentes) para saber que en estas edades la identidad personal se construye mediante el uso y abuso de la transgresión, la crítica a ultranza de cualquier forma de autoridad, el rechazo a las normas establecidas y la ilusión de creerse adultos. Dicho de otra manera: estas actitudes -en mayor o menor medida- están en sintonía con los estilos de conducta asociados a la adolescencia. En tercer lugar, ¿de dónde salen estos (pre)adolescentes? Si es bastante obvio que salen de las escuelas y que acuden a los doce o a los trece años a los institutos, ¿qué es lo que les ocurre cuando entran en un instituto? ¿Se transforman como el doctor Jekyll en mister Hyde? Quizá el cambio de contexto escolar (de la escuela al instituto) influya bastante más de lo que habitualmente se cree porque no se trata sólo de un cambio de escenario: es también un cambio de normas y de reglas del juego, de estilos de interacción entre alumnos y profesorado, de estrategias didácticas, de metodologías y en ocasiones de formas de entender la enseñanza (¿educar a todos o instruir en el saber de las materias a unos pocos?).

Ayudar al profesorado y a los centros de educación secundaria a saber atender a la diversidad de capacidades, motivaciones y actitudes de los alumnos y de las alumnas es hoy una tarea urgente. De lo contrario, las voces de alarma serán al final la coartada que algunos esgrimirán para justificar la libertad de (s)elección del alumnado a cargo de los centros educativos como antídoto contra el conflicto y el fracaso escolar. Y ya se sabe en este contexto qué le toca a la enseñanza pública.

